



Roberto, papá, maestro, poeta

Por Daniel Monroy

1

Ha muerto el poeta; nace la leyenda, así como todos los muertos que recordamos, todos los poemas que oramos, porque *amor es la palabra; poesía, la acción.*

Comunismo

Marx puso un huevito
Engels prendió la estufa
Lenin lo cocinó
Trotsky le puso sal
y Stalin se lo comió

2

Mi primer recuerdo de Roberto Fernández Iglesias aún está fresco en mi memoria. Me atrevo a apostar que todo aquel que lo conoció lo recuerda de la misma forma; fue una tarde que entré a casa y lo vi sentado en un sillón con sus clásicos Converse, gorra de los Yankees, unos holgados pantalones de mezclilla y una barba abundante. No recuerdo, pero me han contado que mi primer maestro fue él. Cuando era recién nacido, mi mamá me llevaba a la Facultad de Humanidades de la UAEM a las clases que él impartía en la Licenciatura en Letras Españolas; Roberto me arrancaba de sus brazos porque decía que ella generaba más ruido del que yo hacía como bebé; me colgaba de su barba para mecarme y también tomaba las plumas que guardaba en el bolsillo de su camisa, las analizaba y lanzaba al suelo. Esas fueron las primeras de muchas clases que me dio.

Maniqueísmo

Lo malo no es Cristo
sino los cristianos
lo malo no es Nietzsche
sino los nietzscheanos
lo malo no es Kant
sino los kantianos
lo malo no es Marx
sino los marxistas
lo malo no es el Papa
sino los papistas
lo malo no es la democracia
sino los demócratas
lo malo no son las putas
sino los hijos

3

En 1941 nació Roberto en un barrio del centro de Panamá. Sus primeros años los vivió con sus padres, Felicidad “Fela” Iglesias Franco y Arquímedes “Fat” Fernández Domenic. Ella era una lúcida profesora de primaria; él, un multifacético comunicador y periodista, el más reconocido de su época. Durante un viaje a Ciudad de México, Margarita Iglesias Franco, su tía madrina, y su mamá se dieron cuenta que ya sabía leer cuando apenas tenía dos años y medio. Ambas le leían absolutamente todo.

Roberto fue un lector precoz, voraz, sabio; un genio desaprovechado. Su gusto por la lectura le duró toda la vida y se potencializó a los 10 años cuando fue internado en el Colegio Centroamérica, administrado por sacerdotes jesuitas en Granada, Nicaragua; allí estudió hasta el bachillerato. Durante su estancia logró ser bibliotecario y tuvo acceso a todos los libros, hasta los que se resguardaban bajo llave. Contaba que en casi todas las clases era muy desordenado, pero un cura español, de nombre Pedro Miguel, descubrió que para mantenerlo atento y tranquilo durante clases había que sentarlo en la parte posterior del salón a leer. Los jesuitas transformaron su

Foto: cortesía de Margarita Monroy



Foto tomada del libro Potros Salvajes: el origen del triunfo, UAEM, 2016.



estructura mental y cognitiva; lo hicieron más racional, porque Roberto no aprendió religión, sino que se convirtió en un hombre espiritual.

Al término del bachillerato viajó a México, a petición de su madre, para estudiar Medicina; debido a que su llegada se desfasó para las inscripciones en la Universidad de Puebla, se matriculó en la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma del Estado de México.

El 23 de marzo de 1957 llegó a Toluca donde se unió al equipo

pionero de fútbol americano Potros Salvajes. En esta ciudad encontró grandes amigos junto con los que fundó tunAstral en 1964.

Días antes de morir dijo que no quería servicios funerarios y que, si lo tenían que meter a una caja, no pusieran cruces, santos, velas o flores; si pondrían algo, que sólo fuera la bandera de los Potros Salvajes o de tunAstral, las únicas agrupaciones que amó y respetó hasta su último suspiro. Así de determinante fue mi papá.

4

Roberto, de ti aprendí la buena música, el buen café, a leer, ser mundano, perder el miedo, a trabajar con gusto y pasión, el buen vino, a arriesgarme, a comer yuca y carimañolas, el teatro, la poesía, dadá, sentirme orgulloso, el jazz, la historia, la salsa, comer bien, el beisbol, subirme a un avión, la filosofía, el dim sum, viajar en tren, valorar un libro, los discos de acetato, a ser valiente, a ser padre, a ser un hombre.

El día de mi boda me dijiste que “un hombre es aquel que reparte caricias y responde a sus responsabilidades”, palabras que llevaré cada día.

Receta

Para escribir un poema
se necesita
la ausencia de recetas
y el recetario completo

Luego
quemarlo todo
aplicando todo el calor
sin calcinar la mezcla

La calidad del producto
puede pertenecer al azar
y a la habilidad
del artífice o a su torpeza

En fin
uno se lanza al abismo
y para llegar a la poesía
nunca llesves paracaídas



5

Mi padre fue maestro de mucho y de muchos. Hablar de él representa una infinidad de anécdotas, de los que lo quisieron y los que no, porque así era; no podía pasar desapercibido: o lo amabas o lo odiabas. Era ácido, directo y conciso. No tenía tapujos y decía lo que de forma objetiva pensaba; por eso se hizo amigo de muchos.

Gracias a él conocí a grandes escritores; bebí con buenos pintores; parrandeé con intelectuales; crecí entre adultos; aprendí a ser un poco humilde. Contaba con toda naturalidad, como si fuera un chiste, que Roberto Bolaño incluyó un personaje en *Los detectives salvajes* que estaba inspirado en él en todos los sentidos. Decía que rechazó ser actor de las obras y películas de Alejandro Jodorowsky por dedicarse a la literatura. Dejó su carrera actoral justo cuando José Estrada le ofreció interpretar un personaje en la película mexicana, dirigida por Juan Ibáñez, *Los Caifanes*. Sonreía cuando recordaba la temporada que vivió en Nueva York con la compañía argentina de teatro Ocho al sur.

No sólo disfrutó embriagarse noches enteras con el poeta Efraín Huerta o el pintor Antonio Alvarado, sino con cualquiera de sus amigos, esos que no tenían un título o una profesión, los que estaban ahí con él, por él, entendiendo que simplemente era Roberto Fernández Iglesias.

6

Durante muchos años, la casa estuvo llena de visitas, siempre amigos y familia, o amigos hechos familia. No importaba si se celebraba algo. Las reuniones simplemente se improvisaban después de algún acto de tunAstral o sólo por las ganas de recibir gente. Uno podía pasar horas escuchando a Roberto contar historias, anécdotas o experiencias entre vino y comida, sin parpadear y siempre atento. La elocuencia, un alto nivel argumentativo y sobre todo la facilidad de descripción de las cosas gracias a su memoria fotográfica eran sus principales características; era muy fácil

transportarse a los lugares y sentir en carne viva su relato. Escucharlo era una gran experiencia, porque siempre se aprendía algo. Le decía a mi mamá: “si me pagaran un peso por cada pendejada que sé, ya seríamos millonarios”.

7

Roberto fue un hombre de mundo. A veces creo que este último le quedaba chico y a la vez no le alcanzaba para comerlo todo; sin embargo, viajó lo más que pudo. Fue un panameño-mexicano y se reconocía como tal. Amó a México tanto como Panamá; vivió la mayor parte del tiempo en el primero, pero siempre quiso volver voluntaria e involuntariamente a su país natal; sus justificaciones eran visitar amigos y familia o llevarnos a mi mamá o a mí, aunque creo que no dejaba atrás su niñez en el boulevard Balboa o en el café de chinos.

Era tan importante su lugar de origen, que un día decidió subirse a un crucero para recorrer el Canal; se sentó lo más cerca de la proa y se quedó muy pensativo, observando los detalles de las esclusas y los caminos estrechos. Le llovió, le dio frío, sufrió el calor húmedo del Caribe y fue el único pasajero que se mantuvo doce horas sentado, disfrutando uno de los viajes que soñó hacer desde niño y confesó a su esposa “toda mi vida me han hablado de esta vaina y hasta ahora lo veo con mis propios ojos”.

8

Roberto fue difícil como padre; era gritón. Coño era la palabra que expresaba peligro y un seguro enfado. Cuando era niño decía que se convertía en Hulk, porque sus enojos eran considerables y las consecuencias severas. Cualquiera que lo conoció llegó a temerle en algún momento. Su personalidad imponía y su voz llegaba a atemorizar, pero más allá de su gran tamaño, había un sol, un corazón enorme y una ternura incansable.

A pesar de que viví su bondad muy a la manera padre-hijo, realmente la descubrí cuando lo vi interactuar con sus nietas Valentina y Luciana. En una ocasión empecé a sonar *Mazatlán*, de Mike Laure, que sería la canción elegida por su nieta mayor, de apenas tres años en ese entonces, para invitarlo a bailar; él, con toda ternura y con el asombro de todos los presentes, se levantó y bailó con ella hasta la última nota; la cargó y mutuamente se abrazaron y besaron.

Realmente era un hombre cariñoso. Cuando rompía su co-
raza, daba mucho amor de muchas formas, con una sonrisa, con

un apretón o una palmada. Recuerdo que mis padres siempre se abrazaban y besaban en cualquier momento, simplemente para demostrar su amor. Él y yo teníamos algunos códigos que nadie más entendía: cuando nos saludábamos apenas rozábamos los dedos, y cuando nos despedíamos hacíamos un tipo de reverencia con las dos manos al aire.

Me contaba que desde niño le habían decir una frase cada inicio de mes al despertar; era un símbolo de buena vibra heredado por algún familiar con ascendencia haitiana: “Rabi, Rabi, Rabi”. Recuerdo que un día de mi cumpleaños, con una explicación más precisa, me compartió esta experiencia como un regalo, como una forma sutil de amor y de suerte.

9

La mayora, mi mamá, fue su tercera esposa, con la que compartió más de treinta años; coloquialmente, ella es la jefa de la cocina, la mandamás, la matriarca, la patrona, el amor de su vida.

No me alcanzarían las palabras para describir la unión que ambos encontraron, como en una simbiosis. Ellos siempre se complementaron. Es posible que ninguno de los dos hubiera logrado lo que alcanzaron sin su complicidad; mi mamá le dedicó su vida, pero en muchos sentidos mi papá murió lleno de amor, de su mano, juntos.

Sin temor a equivocarme, considero que ella fue la única persona que lo conoció tan profundamente e hizo de él un ser más sensible. Con apoyo incondicional y responsabilidad, lo cuidó en todo momento y disfrutó su compañía hasta su último suspiro.

10

Roberto, papá, maestro, poeta: estás aquí, en mí, en estas palabras, en quienes te recordamos y en los que te descubren entre líneas, en tu poesía.

Hablar de ti es difícil porque me eres tan natural, tan cotidiano, tan común, porque yo soy tú y tú fuiste yo; eso responde a un acto suicida. Hablar de ti es tan difícil como hablar de mí, porque para mí tú fuiste el hombre con el que reí, lloré y crecí; no puedo hablar de ti más que como el que fuiste en mi vida: mi patrón, el abuelo de mis hijas, el esposo de la mayora, el suegro de mi esposa, mi amigo, mi confidente; quien me enseñó a beber alcohol como gente grande; a diferenciar lo bello de lo estético; mi cómplice, mi defensor personal de la tiranía de la mayora, mi negociador y hasta mi regente y verdugo.

No quiero imaginar mi vida sin tu guía, simplemente no puedo. Nada podría ser mejor que tú, papá. ¡Hasta siempre, hombre gordo, barbudo y gruñón! Ya nos tomaremos un whisky en otra vida; estoy seguro que nos encontraremos.

Resorte

Si la vida es un resorte
de química y sueños

La muerte
deberá

ser

el alargamiento

la pérdida de tensión

Ahí queda

todo

Hasta la química

Sólo se transforman los sueños

- Referencias
• Fernández Iglesias, Roberto (2013). *Poemas juntos y revueltos*. Toluca: Gobierno del Estado de México.
• ——— (2015). *Canciones retorcidas. Resorte y otras formas*. Nueva York: Artepoética press.



Daniel Monroy es profesor de Filosofía, Comunicación e Investigación en las facultades de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEM y de la UNAM. Actualmente es director Editorial de la Revista *Identidad Universitaria* que edita la Dirección de Identidad Universitaria, además es coordinador del Colegio de Cronistas de esta casa de estudios.

